

**EL NACIONALISMO CATALÁN:  
MITOS Y LUGARES DE MEMORIA**

Jordi Canal (coord.)

## Presentación: Por una historia crítica

JORDI CANAL  
*EHESS, París*

**H**UBO un tiempo, hace algunos lustros ya, en que la historiografía catalana dedicó notables esfuerzos a analizar y someter a crítica los mitos nacionales. Me refiero sobre todo a la segunda mitad de los años setenta y a los años ochenta. En la década de los noventa las cosas cambiaron sustancialmente. La suma, entre otros factores, de los efectos de la caída del muro de Berlín, que abocó a muchos historiadores catalanes a refugiarse en la fe nacionalista tras el estrepitoso hundimiento del comunismo —la primera década de los noventa fue la época dorada de lo que Ernest Lluch denominó, con acierto, el «pujolismo-leninismo»—, y de los éxitos evidentes del proceso renacionalizador de la sociedad catalana explican en buena medida estas evoluciones. En la historiografía catalana contemporánea existe un antes y un después de 1993. Las grandes polémicas historiográficas de aquel año y los libelos anónimos que circularon en Cataluña contra algunos historiadores dejaron profundas marcas. Pienso que también fue por aquel entonces cuando empezaron a apreciarse claramente los síntomas de una crisis —aunque algunos autores ya la habían anunciado en la década anterior— que, al margen de excepciones individuales o sectoriales, estaba transformando la historiografía catalana contemporánea, considerada generalmente hasta aquel momento como dinámica, abierta y moderna, en bastante estancada, provinciana y anquilosada. Aunque ya no esté bien visto, en este marco historiográfico, analizar críticamente los mitos del nacionalismo e, incluso, el propio nacionalismo catalán, me parece que hacerlo sigue siendo una sana y refrescante necesidad. Reivindicar una historia crítica —revisionista, por ende— no es, en este contexto, una cuestión baladí. El conjunto de artículos que aquí se presentan están dedicados precisamente al estudio y a la revisión de algunos mitos, interpretaciones, lugares comunes y lugares de memoria del catalanismo, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XXI.

En este dossier, titulado «El nacionalismo catalán: mitos y lugares de memoria» —cada una de las tres categorías utilizadas (na-

cionalismo catalán, mito, lugar de memoria) podría ser discutida, sin duda, aunque aquí no se haga explícitamente—, se presentan un total de siete trabajos. En el primero, Enric Ucelay-Da Cal analiza la visión que se ha tenido y se tiene de España y del españolismo desde la perspectiva catalanista, tomando como base un par de elementos: el dualismo Madrid-Barcelona y el concepto de imperio. La interpretación macropolítica y de larga duración hace emerger múltiples contradicciones, que fundamentan y alimentan al propio nacionalismo catalán. El segundo de los artículos, obra del autor de estas líneas, pone en cuestión la idea, bastante extendida en algunos medios nacionalistas catalanes y también anti-nacionalistas, de que el carlismo fue un precedente del catalanismo. Una atenta observación de las complejas relaciones establecidas entre carlistas y catalanistas a fines del siglo XIX pone de manifiesto que ni el carlismo fue una suerte de pre-nacionalismo catalán (ni tampoco vasco, está claro), ni los carlistas evolucionaron natural y necesariamente hacia los nacionalismos periféricos. Los dos trabajos siguientes, obra de Santi Vila y de Eduardo González Calleja, inciden en un par de mitos o lugares comunes de la cultura del catalanismo: la Cataluña cristiana y el espíritu anti-belicista de los catalanes. Santi Vila estudia el peso del catolicismo en el nacionalismo catalán contemporáneo, desde la época del obispo Torras i Bages hasta la época pujolista, para mostrar el peso que ha tenido el sustrato integrista. Pese a la tesis de las «dos tradiciones» de Carles Cardó y otras reelaboraciones posteriores en el mismo sentido, la influencia integrista debe ser tomada muy en cuenta, al lado de la liberal y democrática, a la hora de historiar la Iglesia y el catolicismo en Cataluña. Por su parte, Eduardo González Calleja nos propone en su artículo un extenso recorrido por los mitos e imaginarios bélicos elaborados por la cultura catalanista —desde las luchas de los almogávares en Grecia a *Terra Lliure*, y de los «segadors» al Barça—, mostrándonos el proceso de reelaboración permanente al que han sido sometidos y su funcionalidad según cada una de las coyunturas políticas. Su omnipresencia contrasta fuertemente con un supuesto anti-belicismo característico de la identidad catalana.

El quinto de los artículos del dossier, escrito por Àngel Duarte, plantea una cuestión de notable interés: la reelaboración sin grandes dificultades, por parte del primer franquismo, de materiales culturales generados en las décadas anteriores en el seno del nacionalismo catalán. Muchas de las imágenes del paisaje y las metáforas territoriales eran, por su potencia plástica y su polisemia, plenamente reutilizables en nuevos tiempos de nacionalizaciones nuevas. Por último, Stéphane Michonneau y David Martínez Fiol abor-

dan en sus artículos, respectivamente, dos lugares de memoria, profundizando en su proceso de construcción y en la evolución de sus formas conmemorativas: los sitios de Gerona y el 11 de Septiembre. Stéphane Michonneau estudia una de las conmemoraciones más antiguas de la historia de Cataluña, la de los sitios de Gerona por parte de las tropas napoleónicas en 1808 y 1809. En su artículo se analiza la evolución de la conmemoración y se subrayan los cambios que tienen lugar con la irrupción con fuerza del catalanismo a principios del siglo xx. La conmemoración propia acaba viviéndose como ajena: una curiosa paradoja. David Martínez Fiol muestra la compleja elaboración mítica de los acontecimientos del 11 de septiembre de 1714, poniendo de manifiesto la continua reelaboración a la que éstos han sido sometidos a lo largo del siglo xx y señalando que las distintas coyunturas políticas han tenido una importancia mucho mayor que la de cualquier intento de interpretación puramente historiográfico. Además de las cuestiones abordadas en estos siete trabajos, otros temas podrían haber sido tratados también. En concreto, un par de ellos figuraban en el proyecto inicial de dossier, pero al final, por una u otra razón, no se concretaron en un artículo: el austracismo y el mito de la modernidad catalana.

Contenidos al margen, los artículos que componen este dossier pretenden incitar —y pienso que, realmente, incitan— a la reflexión. Plantean, como mínimo, tres grandes cuestiones, expresa y calculadamente abiertas. En primer lugar, la necesidad de una aproximación crítica, matizada y compleja al pasado, y, en especial, a las mitologías nacionalistas, sean éstas del signo que sean. Construcciones míticas como las del supuesto carácter anti-belicista de los catalanes, por contraposición a Castilla o a España; como las de los precedentes carlista o austriacista del nacionalismo catalán, base de más o menos remotas búsquedas originarias (que no originales); o, también, como las de la conversión en guerras contra Cataluña, ya sea a principios del siglo xviii o en 1936-1939, de lo que fueron llana y simplemente guerras civiles, entre catalanes, aparecen a la luz de la crítica historiográfica como lo que son realmente, esto es construcciones míticas o simples lugares comunes sin fundamento real. La función del historiador frente a los mitos, sostenía en 1984 Ricardo García Cárcel («Els mites i la història de Catalunya», *L'Avenç*, 72, junio 1984, pág. 82), debe ser la de mostrar su relativismo histórico, así como la multiplicidad de lecturas que ofrecen a lo largo de los tiempos y en función de la identidad de sus intérpretes. Algo más de veinte años después, estas palabras mantienen todo su sentido.

La segunda cuestión que emerge de los textos de este dossier es la necesidad de seguir interpretando y de pensar con más frecuen-

cia los fenómenos nacionales o nacionalistas en clave de construcción y de reutilización de materiales. Construcción, en primer lugar, frente a lo supuestamente natural, lógico o necesario, pero también frente a lo simplemente inventado. Los casos del 11 de Septiembre y de los Sitios de Gerona, tratados en algunos de los artículos del dossier, muestran a las claras su naturaleza de artefacto construido. Incluso la polémica generada por las piedras del Born o por los papeles de Salamanca o, más recientemente, el supuesto «clamor catalán» a favor del nuevo *Estatut* no pueden ocultar su cuidada elaboración por parte de algunos sectores de la intelectualidad y la clase política catalanas. Reutilización de materiales, en segundo lugar, frente al abuso de las continuidades y del determinismo en historia, de las perversas búsquedas de precedentes y de las oposiciones y antagonismos simplistas y simplones. Finalmente, los trabajos que pueden verse a continuación sugieren la necesidad de revisar y repensar, con el objetivo de hacerlas más complejas, algunas explicaciones e interpretaciones. En concreto, un par de ellas, que han permitido en los últimos años un avance muy considerable de nuestros conocimientos, pero que están mostrando también en la actualidad sus limitaciones: la «débil nacionalización española» y el «doble patriotismo». La tesis de la débil nacionalización española no ha concedido importancia suficiente a las vías nacionalizadoras no dependientes del Estado. La tesis del doble patriotismo, a su vez, no consigue interpretar en toda su complejidad la situación que se vivió en Cataluña, o en otras regiones, en el siglo XIX, ya que tiende a infravalorar el peso de los patriotismos locales y la articulación variable y en múltiples direcciones de los distintos patriotismos existentes.

Cada lector encontrará, sin duda alguna, al margen de las tres cuestiones anteriores que he destacado aquí, otros elementos dignos de reflexión o de debate en los siete artículos que componen este dossier. La voluntad de los autores ha sido la de ofrecer aproximaciones documentadas y críticas a algunos mitos, interpretaciones, lugares comunes y lugares de memoria del nacionalismo catalán. Documentadas, como deben ser siempre las aportaciones de los historiadores. Y, asimismo, en fin de cuentas, críticas, como debieran ser también siempre —bueno y no falta de oportunidad es, me parece, recordarlo aquí— las intervenciones, orales o escritas, de los historiadores.